

Don Juan Tenorio

José Zorrilla



loqueleo

Índice

Prólogo por Carme Riera	7
<i>Don Juan Tenorio</i>	13
Parte primera	17
Acto primero: Libertinaje y escándalo	17
Acto segundo: Destreza	71
Acto tercero: Profanación	110
Acto cuarto: El diablo a las puertas del cielo	137
Parte segunda	177
Acto primero: La sombra de doña Inés	177
Acto segundo: La estatua de don Gonzalo	209
Acto tercero: Misericordia de Dios y apoteosis del amor	232
Estudio de <i>Don Juan Tenorio</i>	245
1. Estudio de la época	247
2. El autor y su obra	259
3. Estudio de la obra	263
4. Más allá del texto literario	277

Prólogo

por Carme Riera

7

Escribo este prólogo para tratar de convencerte de que leas este libro. De entrada no me resulta fácil. No es precisamente *Don Juan Tenorio* una de mis obras predilectas. ¿Por qué habría de mentirte? Pero sí, en cambio, creo que es una de las piezas claves del Romanticismo español y que es necesario conocerla si queremos captar no sólo el espíritu romántico sino también adentrarnos en la historia de uno de los mitos literarios que aún pervive en una época en que la literatura ha dejado de ser un referente fundamental. Todavía hoy se dice de alguien que es un don Juan cuando en un plis plas es capaz de conquistar a la primera chica que se le ponga por delante, causando, normalmente, la envidia de amigos y compañeros. Todos conocemos algunos donjuanes cuyo comportamiento sigue siendo admirado o detestado por igual.

Si te interesa saber cuáles son los orígenes del donjuanismo, cómo actuaba don Juan Tenorio para conquistar a las mujeres y cómo éstas se dejaban seducir sobre todo por su labia, el texto de Zorrilla te resultará muy útil. Los antecedentes del personaje hay que buscarlos en la Edad Media,

una época en la que, por descontado como en todas, los seductores andaban sueltos y al acecho, casi como el lobo de Caperucita, y uno de ellos, tal y como recoge una leyenda, yendo un día camino de misa, no precisamente con intención devota, sino para tratar de ver si en la iglesia podría ligar, se encontró con una calavera a la que dio primero un puntapié y después la invitó aquella misma noche a una fiesta. Profanaba así, por partida doble, el respeto a los muertos, sin esperar, naturalmente, que la calavera habría de aceptar el convite.

Encontramos también en Europa otras leyendas que hacen referencia a los mismos motivos, lo que significa que tenían una difusión muy amplia. De ellos se aprovechó Tirso de Molina, seudónimo utilizado por Gabriel Téllez, fraile mercedario español y uno de los autores de obras dramáticas más reconocido del Siglo de Oro, para escribir *El burlador de Sevilla y convidado de piedra*.

En *El burlador de Sevilla y convidado de piedra*, Tirso cambia la calavera por una estatua sepulcral que también habla, pero mantiene el desafío del seductor de cuyas innumerables conquistas da cuenta, acentuando su maldad, una maldad que le lleva a condenarse y acabar ardiendo eternamente en el fuego del infierno para pagar sus culpas. Lo que en las leyendas se apuntaba más o menos vagamente, en la obra de Tirso, como después en la de Zorrilla, se nos muestra con el detalle que permite la escenificación, e igual ocurre con la caracterización de la figura de don Juan. Un personaje controvertido y paradójico, cuyas conquistas, a menudo llevadas a cabo con mentiras, promesas falsas,

engaños, simulaciones e incluso con lo que hoy consideraríamos directamente abusos sexuales o violaciones, en vez de hacerle cada vez más detestable, le convierten en más famoso y admirado, claro está que por aquellos que no han sido objeto de sus burlas.

En la época de Tirso, eso es durante el siglo XVII, las mujeres perdían su honor y el de su familia, cuando eran deshonradas. ¿Qué significaba eso? Sencillamente que, si dejaban de ser vírgenes antes del matrimonio y éste no se llevaba a cabo o si una vez casadas se acostaban con un hombre distinto a su marido, el padre o el hermano mayor de la mujer, si era soltera, o el marido, si era casada, debía matarla, lo mismo que al causante de su deshonra, ya que sólo así, con la sangre del ofensor y la de su víctima, derramada a manos del ofendido, se podía reparar la pérdida del honor familiar. En el contexto de esa costumbre bárbara, por suerte, más literaria que real, se comprende mejor la fama de don Juan, que tantas deshonoras ha causado siempre de manera impune y que sólo al final es castigado con el infierno.

Zorrilla, al ubicar su obra en la misma ciudad de Sevilla que Tirso y entre 1545 y 1550, toma como referente un contexto social que a nosotros se nos tiene que antojar por fuerza remoto. En una sociedad laica y de costumbres sexuales cada vez menos rígidas en la que las relaciones prematrimoniales son corrientes, resulta difícil entender los aspectos transgresores que tanto excitan a Don Juan Tenorio, en especial, por lo que atañe a la seducción de una novicia, que no deja de ser una mujer consagrada a Dios que